

CARMEN LAFORET

UNA MUJER EN FUGA

ANNA CABALLÉ ISRAEL ROLÓN-BARADA

Edición revisada y ampliada



RBA

© Anna Caballé Masforroll e Israel Rolón-Barada, 2010, 2019.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2019.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: ODBO574

ISBN: 9788491875178

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN. ORDENAR UNA
NUBE

1. ARTE Y FAMILIA

2. LA MUERTE DE TEODORA

3. VIVID VUESTRO MOMENTO

4. LA GUERRA Y RICARDO LEZCANO

5. VERANO DE 1939 ENCUENTRO Y FUGA DE LAS
PALMAS

6. EL VIAJE A BARCELONA

7. VIDA DE ESTUDIANTE

8. ESCRIBIENDO NADA

9. EL PRIMER PREMIO NADAL

10. ¿ADÓNDE LLEGARÁ?

11. VIDA FAMILIAR

12. LA ISLA Y TODOS SUS DEMONIOS

13. NUEVOS HORIZONTES

14. ¿UNA MUJER NUEVA?

15. LA EXPERIENCIA TANGERINA

16. PROBLEMAS CON DESTINO (1960-1963)

17. AL VOLVER LA ESQUINA NO SALE

18. LAFORET, REPORTERA

19. LA SEPARACIÓN DE MANUEL CEREZALES

20. DE ESPALDAS A LA LUZ. LA ESTANCIA EN ROMA
(1972-1977)

21. «HORREUR DU DOMICILE»

22. YO SOLO ESTOY DE PASO

23. LOS CINCO VIAJES A ESTADOS UNIDOS

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

ÍNDICE DE FUENTES CONSULTADAS

NOTAS

A CARLOS CASTILLA DEL PINO (1922-2009)
IN MEMÓRIAM

A. C.

A MIS PADRES, ANA E ISRAEL, QUIENES ME APOYARON
INCONDICIONALMENTE DURANTE TODO EL PROCESO DE LA
INVESTIGACIÓN PARA ESTE LIBRO.

I. R. B.

No crea usted que quien trata de confortarlo viva sin fatigas al abrigo de estas palabras simples y reposadas que a usted a veces lo alivian. Su vida está llena de trabajo y tristeza, y queda muy atrás de ellas. Pues si fuese de otra manera, él nunca habría podido hallarlas.

R. M. RILKE,
Cartas a un joven poeta

—No comprendo su vocación literaria.

—Es que no la tengo. Creo que me asisten buenas facultades como novelista, pero nada más.

Entrevista de Marino Gómez Santos a Carmen Laforet,
Pueblo, 2 de abril de 1954

PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Días después de publicar *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*, llegó a nuestras manos un sobre certificado que contenía 44 cartas de la escritora dirigidas a Elia María González-Álvarez y López-Chicheri, más conocida como Lili Álvarez, junto a tres cartas de la excepcional tenista, las tres relacionadas con los motivos de la ruptura de su amistad, ocurrida en octubre de 1958. En la actualidad, estas cartas están depositadas en el archivo de la Asociación de la Prensa de Madrid. Y quien las enviaba, el profesor y periodista Bernardino Hernando, las tenía en su poder desde hacía 30 años y esperaba una señal que indicara su posible destino. Hernando había sido el secretario de una fallida fundación promovida por la propia Lili Álvarez y que debía preservar, entre otros materiales, su importante correspondencia, hoy desaparecida. Al leer nuestra biografía de la escritora, comprendió que lo mejor era que sirvieran para completar la historia. Aunque sabíamos de la importante amistad antes de la publicación de la biografía, no se conocían los detalles de dicha relación, decisiva en el cambio de orientación ideológica de una de nuestras principales novelistas de posguerra. ¿Qué no hubiéramos dado Israel Rolón Barada y yo misma por

confirmar la existencia de esa correspondencia y conocer el contenido de esas cartas cuando preparábamos el capítulo del libro centrado en su amistad e influencia mutua? Ni siquiera los sobrinos y herederos de la aristócrata tenista, a quienes entrevistamos en persona en Madrid durante el otoño de 2008, tenían conocimiento de la existencia de esta correspondencia entre Laforet y Álvarez. Pero la luz que arroja un nuevo epistolario siempre ofrece más de una lectura, y si no llega a ser por la publicación del libro, es probable que nada se hubiera sabido de la intensidad de los sentimientos cruzados entre ambas mujeres en un tiempo tan represivo de la libertad moral de los individuos como fue el franquismo.

La primera novela de Laforet, *Nada*, había sorprendido en 1945 por la franqueza con que piensa su protagonista, Andrea, una joven rebelde a las consignas y a los miedos de sus mayores que busca su propio camino de la mano de su mejor amiga, Ena, personaje inspirado en una amistad real de la joven Laforet, Linka Babecka. Ena es quien mueve los sentimientos de Andrea, quien tiene la llave de su felicidad. *Nada* es un relato escrito en clave existencialista mucho antes de que a España llegaran los primeros libros de Sartre o de Camus. Y tuvo un éxito arrollador, pero también ocasionó a la joven Laforet muchos quebraderos de cabeza porque su familia paterna se vio retratada en la novela y la imagen que se desprendía de ella no les gustó, no les podía gustar, lógicamente. De forma que a raíz de la publicación de esta primera novela surgió un distanciamiento en las

relaciones con su sobrina, al verse retratados de una forma tan ácida y amarga. Las miserias íntimas y familiares, algunas propias de la inmediata posguerra, se convertían en una experiencia de dominio público y al alcance de cualquiera. Por otra parte, en *Nada* se sugerían sentimientos de difícil justificación en los años cuarenta. Podría decirse que la joven Laforet quedó aturdida, o mejor dicho, atrapada entre dos fuegos: el familiar y el suscitado por la lectura de la novela en torno a la sexualidad de su famosa protagonista, Andrea. Años después seguía en estado de *shock*: ¿cómo escribir sin arruinarse la vida, sin hacer explícito lo más íntimo de su carácter, que era precisamente uno de los motores de su escritura? Pero algo sucedió que aliviaría su conflicto.

Fue una tarde de domingo, junio de 1951. Carmen Laforet tenía veintinueve años, estaba embarazada de su cuarto hijo y acudió con su marido, el periodista Manuel Cerezales, a una reunión de amigos en casa del poeta canario Claudio de la Torre y su mujer, la escritora Mercedes Ballesteros. De pronto, la anfitriona anunció a los presentes que una de las invitadas les iba a leer unas cuartillas. No tendría nada de particular el anuncio, los escritores reunidos en la casa eran varios, pero la gracia estaba en que su autora era una tenista muy famosa, Lili Álvarez, que hasta 1940 había vivido fuera de España. *Una mujer en fuga* reconstruye por primera vez su apasionante historia vital. Laforet se disgustó: detestaba las encerronas de este tipo, en las que todo el mundo se veía obligado a

escuchar primero y halagar después al autor del texto leído. Pero no hubo más remedio que disimular. Mientras leía, Laforet observó a la deportista, una señora que le pareció guapísima: alta, esbelta y con unas piernas «de maravilla». Lili Álvarez era mayor que Laforet, cuarenta y seis años muy bien llevados gracias al muchísimo deporte que había practicado en su vida: tenis, esquí, esgrima, golf, patinaje, ciclismo, senderismo, equitación, natación, billar... Había participado y ganado numerosos torneos internacionales en los años veinte, era una deportista nata, una mujer que necesitaba la acción. A la autora de *Nada* le encantaba el contacto con la naturaleza: andar por el campo y nadar en cualquier río, pero lo de Lili Álvarez era otra cosa, era una profesional que se ceñía a los protocolos deportivos con la soltura de quien los conoce mejor que a sí misma. Las dos mujeres congeniaron de inmediato —la admiración que despertaba Laforet por haber escrito una novela extraordinaria con veintidós años, allá donde iba, era enorme— y al terminar la reunión la conocida tenista acompañó al matrimonio a su casa, conduciendo su coche deportivo al que llamaba «la Rubia» e invitándoles a pasar un domingo en su finca de Navacerrada. Laforet salió cambiada de aquel encuentro. Pero al escribir su biografía no podíamos saber la profundidad de sus sentimientos, el alcance de aquella amistad. La correspondencia cedida para su lectura por el periodista Bernardino Hernando permite comprenderla mucho mejor. No se trata de hurgar en la vida privada de las personas, consiste en poder

explicar un cambio de orientación en su narrativa que no la beneficiaría en términos literarios, como nuestro libro analiza suficientemente. Álvarez le abrió los ojos a una nueva realidad. «Antes pensaba que esta confianza espiritual se debería tener solo con el marido. Ahora estoy totalmente segura de que ningún hombre la merece, ni la quiere, ni sabe qué hacer con ella» le escribirá unos meses después, cuando las dos mujeres se han convertido ya en inseparables. Se cartean diariamente si están lejos la una de la otra. Si se encuentran en Madrid, o se visitan o se llaman por teléfono, y Laforet disimula ante su familia la constancia telefónica de su amiga diciendo que habla con un editor que se llama Adolfo. Pero Adolfo no existe, es Lili quien envuelve a Laforet en un afecto y una preocupación por ella tan continuos que se rinde a su apostolado. La escritora creyó firmemente que el nuevo sentimiento, su amor a Cristo, llenaría los vacíos de su vida, la insatisfacción, el deseo que no tenía nombre:

Yo vivo mi cariño por ti preparándome a despedirme de ti todos los días. No hay cosa más desgarradora... Poco te he contado de esto que por ti sufro, porque sería idiota hacerlo. Pero Dios lo sabe. He ido a Él con la cobardía de este sufrimiento muchísimas veces y le he dado mi carga. Así poco a poco has llegado a ser querida en mi alma, y lo que empezó por cobardía se va convirtiendo poco a poco en valor. Ahora me parece que soy capaz de intentar seguir a Cristo con mi Cruz a cuestas... Hablo en parábolas, como el Evangelio. Tal vez no me entiendas. Al principio quería apartarme de quererte para que todo me fuera más fácil. Esto es sabio, prudente y... cobarde. Ahora soy menos cobarde, menos prudente y... tan sabia como antes. Solo procuro superar esta sabiduría que me han dado treinta y un años de vida muy difícil sobre la tierra.

Laforet escribió una novela dando cuenta de ese cambio ideológico, titulada *La mujer nueva*, en la que una esposa de la edad de Laforet abandona a su marido y a su hijo en pos de una «vida nueva», solitaria y entregada a la oración. La novela, dedicada a su amiga Lili, se publicó en 1955 y supuso un giro que a nadie pasó inadvertido. De nuevo se situaría en el ojo del huracán de todos los comentarios. La tercera novela que Laforet daba a conocer a sus lectores resultaba incomprensible para muchos incondicionales de *Nada*. De hecho, buena parte de la crítica reaccionó de forma adversa al echar de menos la voz de aquella narradora rebelde que les había cautivado. Que la audaz y joven escritora, admirada por su generación, terminara sometiéndose a la doctrina del catolicismo impuesta por el régimen franquista, no la favoreció. Las críticas y reacciones negativas mermaron su autoestima. Unos diez años más tarde le escribe en una carta a Ramón J. Sender lo siguiente:

Lo que me dice de *La mujer nueva* me ha dejado perpleja. Yo no la creo mi mejor libro —no creo que yo tenga ningún «mejor» libro—, puede ser que lo haya creído así en algún momento —al terminarla de escribir, por ejemplo—. Era un libro muy difícil de hacer, pero artísticamente yo creo que le falta perspectiva... Es claro que yo, dentro de mis límites, nunca intenté escribir a la manera de nadie. Ni siquiera me planteé el problema de escribir desde lo femenino. Si usted ve que yo hago las cosas desde un ángulo de mujer —y eso me halaga— al menos yo siento que he escrito con sinceridad, puesto que soy mujer y desde ese ángulo tengo que verlo.¹

Hoy, gracias al epistolario cruzado con Lili Álvarez podemos comprender mejor que nunca las coordenadas

vitales y literarias al escribir *La mujer nueva*. Ambas mujeres se ayudaban mutuamente, proyectando asimismo viajes y planes sobre su inmediato futuro. Se tenían la una a la otra, pero en diferentes dosis. La escritora era una mujer casada y con cuatro hijos; sus compromisos familiares eran muchos, y su temor a las habladurías aumentaban día a día, mientras que Lili se había enamorado de Laforet y parecía dispuesta a asumir los riesgos. Cinco años después de conocerse empezaron las primeras muestras de fatiga por ambas partes. Por ejemplo, Laforet aceptó una gira de conferencias (marzo de 1956) por varias ciudades andaluzas y le propuso a su amiga que la acompañara en coche. La extenista pasaba por un período de crisis: se había repetido la anemia que sufrió en 1926 y se hallaba muy alicaída, tanto que no se vio con fuerzas para acompañarla. Es posible también que hubieran aparecido las primeras sospechas de sentirse utilizada: ella tenía coche, mayor disponibilidad, y era frecuente que la escritora le pidiera favores. Laforet lamentará su negativa y presiente el futuro:

Tengo en perspectiva un viaje al que nadie me ha querido acompañar [solo se lo ha dicho a ella]. Por primera vez, hacer las maletas me produce un sentimiento de soledad absoluto. Te lo digo para tu consuelo, para que sepas que yo también conozco este sentimiento. Es más, creo que en mi vida ya siempre será así. Siempre hasta que me muera estaré volcada en los demás. Los querré y me querrán. Y al mismo tiempo estaré sola.

La novelista es consciente ya de que complacer a todo el mundo es una tarea imposible: las exigencias de Lili son

cada vez más incompatibles con las de su familia y las dos mujeres sufren. «He quedado con Lili Álvarez en Los Jerónimos para decirle que me deje de una vez tranquila, que mi alma es pagana y no tiene nada que hacer...».²

El enfriamiento definitivo se produce a raíz de la noticia del último embarazo de la escritora, en verano de 1956, un hecho que nos era desconocido al publicar la primera edición de *Una mujer en fuga*. Cuando se lo comunica a Lili, desde Raxó (Pontevedra), esta no puede evitar el enfado y, furiosa por los celos que siente de la vida conyugal de su amiga, la considera una «bárbara inconsciente» que pone a prueba su amistad. Laforet muestra una gran sensatez y le pregunta si esa actitud es cristiana: «¿Sería cristiano que yo ahora que comulgo todos los días limitase la natalidad de mis hijos por miedo a todos los inconvenientes prácticos y afectivos? Dime, querida mía, ¿cuál es la lógica de nuestra conducta?». Y añade: «Yo sé —me parece— que me tienes que seguir queriendo, aunque siga mi camino de Cristo, con todos sus inconvenientes, con todas sus espinas, con todos sus tormentos físicos... y, añadido, espirituales». Lili contesta con una carta en la que, de nuevo, dice sentirse herida y desgraciada, y agrega que ya nunca podrá volver a creer en ella. La respuesta de Laforet es estremecedora: «Yo, en cambio, te espero con los brazos tendidos... pero tengo que esperarte. O bien tirarme al surco y marcharme contigo todo recto, caminito del infierno, cosa que tú eres la primera en prohibir... como es natural. Pero que no sería

tan difícil algunas veces. Porque todos estamos siempre al borde de un pozo, y solo la Providencia, cuando se lo pedimos con tan buena voluntad como lo hacemos tú y yo, nos sostiene». Laforet intenta enfrentar a su amiga con la verdad, despojada de misticismos: «No, niña mía. Aunque tú te obstines en creerlo y en disfrazarlo, en tu sufrimiento no hay nada espiritual (como nada espiritual hay en el mío, cuando sufro también) y hay que saberlo, y hay que querer purificarse». Por una vez, la escritora no ejerce sobre sí misma la violencia acostumbrada, no se refugia en la autocensura, sincerándose acerca de la raíz carnal de sus sentimientos y de su deseo de sublimarlos a través de la oración. Impresionante carta, que de poco podía servir ya porque la situación era insostenible para ambas mujeres, cada una enquistada en su propio dolor y en sus propias resistencias a un deseo imposible. El fin de su amistad llegó en octubre de 1958 y, como tantas veces ocurre, todo lo que ambas habían compartido se esfumó de pronto dejando solo vacío y resentimiento. En *La insolación*, Laforet escribiría, transformada y aun tratando de escapar de lo autobiográfico, su propia y desoladora historia con Lili Álvarez y con tantas otras amigas a través de Martín Soto. De Andrea a Martín Soto, siempre la misma preocupación, ese «desencanto» que tan bien describe Gonzalo Sobejano en su crítica literaria sobre la obra de Laforet en su *Novela española de nuestro tiempo*.

Veinte años más tarde, en una carta de septiembre de 1978, perteneciente a la correspondencia recuperada por

Rolón-Barada en su tesis doctoral, Laforet le escribía a su amiga Antonella Bodini, viuda del poeta, traductor, y profesor Vittorio Bodini, la siguiente reflexión nostálgica y sentimental sobre todo lo relacionado con Lilí Álvarez:

Hoy fui a la Cuesta de Moyano... Es un lugar detrás del Jardín Botánico, una cuesta que baja hacia Atocha. Allí hay una «feria» permanente de libros de primera y segunda mano: una fila de casetas de madera... Los domingos abren por la mañana. Pasé, al volver por el Paseo del Prado..., delante del Museo, en la puerta de Velázquez, hay unos jardincillos preciosos. No puedo pasar por allí sin sentir algo personal, intransferible..., tierno y fuerte y vivo. Y no tiene nada que ver con el Museo sino con un gran amor —grande de verdad— que viví hace mucho (no era el *primo amore*... ni el segundo [¿?] *amore*... El número de *amore* que hizo... ni lo sé, ni quiero saberlo). Pero fue tan grande que aún me dura... Aún me enriquece. En su momento fue para mí un desastre, un destrozo, porque tuve la manía de idealizar a la persona que lo provocaba..., en ciertos aspectos. Conocía muchos de sus defectos, claro (que admiraba también), pero no llegué a conocer hasta el fin, el que anuló toda posibilidad de continuar la amistad... o continuar en amistad. La persona vive y alguna vez la encuentro —rarísima vez— y ocurre algo tan curioso como esto: jamás me decepciona físicamente si le doy la mano (y puedes imaginar que es bien pura esta atracción ya que esa persona tiene 16 años más que yo), pero jamás puedo desear reanudar una relación amistosa, aunque siempre supe —desde el primer momento— que ese amor fue correspondido. Duró años... Bueno, delante del Museo del Prado no ocurrió más que un encuentro, una tarde —como tantos encuentros, tantas tardes o mañanas, en tantos lugares— pero ese encuentro está vivo. Se quedó allí como esos fantasmas que según dicen se veían en Hiroshima después de la bomba atómica...

Dieciséis años era la diferencia de edad que mediaba exactamente entre Lilí Álvarez y Laforet. Y que fue un gran amor, de eso no cabe duda. La correspondencia mantenida por la escritora nos es imprescindible para comprender la estructura de su personalidad y las razones que la llevaron

a perderse a sí misma. Su relación con Lili Álvarez formaba parte de un mundo cerrado a cal y canto en los años cincuenta, conflictivo, imposible. En otra larga carta dirigida a su amigo y gran admirador Ramón J. Sender, escrita desde Gijón, el 11 de septiembre de 1973, Laforet le ofrecía la siguiente versión sobre su propia vida sentimental y amorosa:

Personalmente te diré que físicamente solo he conocido un amante y ha sido mi marido, y fue bien en ese aspecto; pero mi fuerza va por otra parte de mi ser, y en ese asunto soy completamente objetiva y comprensiva..., aunque en cambio las cosas de tipo sentimiento, espíritu o lo que quieras llamarle, pueden ponerme en peligro continuamente (en peligro de mi independencia dichosa, que parece que es lo que me arrastra más...).³

«Mi fuerza va por otra parte», reconoce Laforet. Pero las fuerzas del medio circundante tuvieron un peso directo sobre su personalidad y su futuro como novelista.

Por último, decir que esta cuarta edición de *Una mujer en fuga* corrige algunos errores que contenían las ediciones anteriores, e incorpora las correcciones hechas para la edición de Círculo de Lectores (2011). También incluye algunas de las imágenes que se habían previsto en la primera edición del libro y que, por diversas razones, no llegaron a publicarse. En esta ocasión se han utilizado solo fotografías cedidas expresamente a los autores.

ANNA CABALLÉ e ISRAEL ROLÓN-BARADA,
junio de 2019

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

ORDENAR UNA NUBE

Dice Viktor Sklovski que si se estudian con suficiente atención las leyes de la percepción, uno se da cuenta de que los actos habituales tienden a volverse automáticos, imperceptibles a la conciencia. Es lógico que sea así: la automatización es un proceso que facilita las cosas, el trato con la gente, la vida. Pero es un mecanismo peligroso porque también es capaz de engullirlo todo por la fuerza de la costumbre, acorchando nuestra capacidad de observación a causa de la rutina. Ropas, muebles, personas, libros... De tanto ver a una misma persona, una misma cosa, en efecto, dejamos de reparar en ella, y lo mismo ocurre con todo aquello de lo que ya nos hemos formado una opinión: acudimos cada vez que nos hace falta a ese juicio fosilizado sin pensar que tal vez convendría revisarlo. Nuestras percepciones fácilmente quedan inmovilizadas por la costumbre y solo la extrañeza generada por una nueva situación nos hace reparar en la posible necesidad de recomponer la vieja imagen, de acuerdo con la perturbación que supone ver el objeto de nuevo. Por ejemplo, yo tenía una percepción inmovilizada

de Carmen Laforet. Era la autora de una novela deslumbrante y de unos pocos libros más leídos distraídamente, desdibujados por la fértil experiencia de lectura de su primer relato. Cuando Israel Rolón-Barada llegó a mi despacho, en enero de 2001, procedente de Georgetown y dispuesto a hacer su doctorado sobre la escritora, recurrí a mi percepción inmovilizada: sí, claro, la autora de *Nada*. Sabía que no había fallecido, pero lo cierto es que su recuerdo había desaparecido por completo de las letras españolas, también de mi mente. ¿De cuándo databa su último libro? ¿Qué había sido de ella? ¿Vivía, verdad?

Empezamos a hablar, él de sus recuerdos y yo del mío. Israel quedó fascinado cuando en marzo de 1987 la conoció en la Universidad de Georgetown. Había ido a dar una conferencia invitada por la profesora Bárbara Mujica. Laforet entró en el aula y llamó la atención de los estudiantes de inmediato por la sencillez de su trato y su rechazo a ubicarse en el atril destinado a los oradores. Tenía sesenta y seis años y era una de las muchas escritoras españolas estudiadas con asiduidad y provecho en las universidades norteamericanas. Con el pelo gris y abundantes manchas oscuras en la piel propias de la edad, sin asomo de maquillaje, y con un sencillo conjunto de falda y suéter de punto, también gris, contestó lacónicamente a las preguntas que se le hacían. No llevaba papeles, ni apuntes o libros de ningún tipo. Solo su bolso negro que dejó sobre la mesa al entrar. En su informal intervención insistió en desentenderse de la crítica, una vez más, y de

los críticos —«que digan todo lo que quieran»—, pero también de cualquier interpretación de su obra —«si ustedes lo dicen...», «no lo había pensado...», «nunca se me hubiera ocurrido...»—, mostrando una actitud indiferente, y al mismo tiempo agotada, hacia sus propias novelas que sorprendió a la audiencia porque no es la habitual en los escritores. Después comprobaríamos hasta dónde podía llegar con su falta de interés por sí misma. Hay que creer a Laforet cuando dice: «Yo no conservo ni un solo recorte de periódico de todo cuanto se ha publicado sobre mí»,¹ porque sin que la frase tenga como es lógico un alcance literal revela su forma de ir deshaciendo desde el principio lo que ya había conseguido, desandando la profesión hasta llegar muy pronto a inventarse una forma extraña del quehacer literario: cómo se puede no escribir sin dejar por ello de ser escritora. Laforet acabó su intervención en la Universidad de Georgetown dando por hecho que su carrera literaria había terminado, que ya no escribía. Que las obligaciones cotidianas y familiares ocupaban todo su tiempo. Lo decía con una despreocupación aparente. Pero ¿era así en realidad?

Yo, por mi parte, también eché mano de un recuerdo antiguo. Cuando la vi en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en Santander, el 6 de agosto de 1982, en el contexto de los Cursos de Verano que son la razón de ser de esta institución. Su intervención, prevista en el elegante Salón de la Reina, a pesar del empaque que se había

concedido al acto, fue minúscula, demasiado breve. Tan breve que desconcertó a los organizadores. La expectación que había en torno a su conferencia había ido diluyéndose a medida que una mujer menuda de mandíbula pronunciada, embargada por la timidez, hablaba, en voz bajísima, y exponía, con demasiada sencillez tal vez, sus argumentos de novelista. Años después, en la preparación de este libro tendría oportunidad de leer varias cartas (a su amiga Antonella Bodini, a Roberta Johnson) en las que se refiere a cómo estuvo preparando, allí mismo, en la capital cántabra, la conferencia que debía dar en la UIMP aquel verano. La había titulado «Vivir y escribir»,² y estaba decidida a abordar en ella, una vez más, la espinosa cuestión de la vida del escritor en relación a su literatura. Una cuestión que preocupaba mucho, que obsesionaba, a Laforet y que quiso resolver.³ Philip Roth lo ha expuesto con notable claridad: un escritor no es tal si carece de la fuerza necesaria para enfrentarse a este conflicto insoluble y seguir adelante. Pero esa fuerza de la que habla Roth como de algo necesario ¿cuánta fuerza es?, ¿cómo se consigue?

En todo caso, no deja de ser una paradoja que la negación constante que hizo Laforet de la importancia de la biografía en su obra debiera enfrentarse a un hecho que esperamos poder probar aquí, y es que lo más valioso de ella es una destilación de su memoria personal, una escritura urdida por hechos y sentimientos que son inseparables de su vocación literaria. Laforet no pudo

admitirlo porque, como veremos, se jugaba demasiado, y entonces cayó en la trampa de pensar que una literatura hondamente autobiográfica, como la suya, era, precisamente por ello, de naturaleza inferior a la verdadera creación. Esa trampa, que podemos denominar como de la «verdadera creación», ha asociado tradicionalmente la experiencia artística a un determinado modo de escribir, que no era el suyo. Y Laforet no tuvo el coraje suficiente, en su momento, para seguir su certero instinto, su más honda necesidad, de escribir sobre sí misma y sobre sus demonios, como había hecho en sus primeras novelas, lo mejor de su obra. El encuentro con un mundo extraño, en la Barcelona de la inmediata posguerra, se convirtió en un encuentro consigo misma y también en un ajuste de cuentas familiar, y de ahí nació *Nada* a los veintitrés años. Un comienzo deslumbrante, como todo el mundo (excepto algún envidiosillo) se apresuró a señalar. Ese camino de exigente y modernísimo autoanálisis lo recorrería de nuevo en *La isla y los demonios*, una novela que confirmó además su maestría paisajística. ¿Qué pasó después? Hubo un excelente libro de relatos, *La llamada*, y dos novelas más en las que tentaría nuevos caminos expresivos. Ella quería luchar contra la pulsión autobiográfica que se hallaba en el origen de su escritura y que tantos problemas le ocasionaría y se forzó a ubicarse en una ficción ajena a su vocación y a sus intereses.

De las cartas del periodo que, en mi despacho de entonces, evocamos Israel y yo (en torno a 1980) queda

claro que la novelista aceptó la invitación de la UIMP por razones distintas a las habituales en el escritor profesional (el prestigio asociado, el móvil económico, el deseo de no perder contacto con los lectores): si nadie te requiere, estás muerto. Cierto. Pero el caso de Laforet es distinto y siempre lo fue. Para ella aceptar el encargo de una conferencia suponía convencerse, y convencer a quienes la rodeaban, de que seguía en pie su incómoda posición en el mundo de las letras. El año anterior también había participado en la UIMP defraudando a quienes esperaban que hablara de su propia experiencia, pues se había ceñido a unas consideraciones generales sobre la novela. «Si he aceptado otra vez es más que nada por curarme del todo — escribe a su amiga Bodini—. Por salirme de tantos y tan largos años de inhibiciones... Bueno, hablaré de la biografía en las novelas...»⁴ Ella quería hablar de lo que, al fin y al cabo, sus lectores le demandaban una y otra vez después de *Nada*. Deseaba hacerlo, sí, por más que el tema se hallara en el límite mismo de sus posibilidades. Como escritora, su principal preocupación, lo venía siendo desde tiempo atrás, era volver a la novela, enfrentarse consigo misma, ponerse en peligro para así reaccionar por fin y salir a flote anímicamente, sacudirse la niebla que iba avanzando con fuerza en su mente desde mediados de los años sesenta. Su última novela publicada databa de... 1963. Casi veinte años sin publicar en 1982. Pero lo cierto es que la cohibida actitud de la escritora daba fe de un extenuante

combate, aunque en el momento de verla y escucharla eso solo fue para mí una percepción mal definida.

Y es que en 1982 Carmen Laforet vivía con una angustia incontenible su doble problema: con la escritura y, no menor que el anterior, el problema relacionado con sus apariciones públicas. En realidad un solo problema, porque no deja de ser el mismo con dos caras (el yo ante uno mismo, el yo frente a los demás), que arrastraba de muy lejos. Ya en 1956, poco después de la publicación de *La mujer nueva*, con treinta y cinco años, escribía: «La vocación de novelista se esfuma».⁵ De hecho, sus primeras declaraciones al saberse ganadora del premio Nadal —«puede que no vuelva a escribir para el público»— pueden leerse como un apunte de que en su presumible vocación de escritora estaba sucediendo algo profundamente anómalo desde el principio. Laforet se vio impotente y abrumada, una y otra vez, para producir los textos que constantemente se le solicitaban y finalmente la situación desembocaría en un rechazo completo y definitivo de su profesión. A ese rechazo lo llamaría grafofobia —ella misma se lo diagnosticó y se aplicó el remedio: no volver a escribir siquiera la firma en un talón bancario—. Y así la propia Laforet, insistiendo en que no era nadie y que nada tenía que decir, pondría el punto final a una historia que siempre ha sido demasiado confusa y ha estado demasiado protegida.

Sin embargo, recuperemos el hilo que se tendió en aquel

despacho donde Israel y yo hablamos por primera vez de Carmen Laforet. Primero su evocación y luego la mía lo caldearon y, sin saberlo entonces, nuestra conversación enlazó sutilmente tres destinos. La decisión de Israel de escribir su tesis sobre la autora de *Nada* era firme y le recomendé que indagara en los alrededores de su narrativa. Por ejemplo, en sus colaboraciones periodísticas, en sus cartas, entrevistas... ¿Se sabía algo de su correspondencia? ¿Y de sus relaciones con el mundo intelectual? La crítica literaria había recibido triunfalmente su primera novela, pero algo pasó después que las enfrió seriamente. Ella, en general, apenas concedía entrevistas (acabaría prefiriendo que la dieran por muerta) y cuando finalmente aceptaba ponerse frente a frente, y siempre con desgana, ante un/a periodista ignoraba la literatura. Prefería no hablar de libros, ni de escritores, ni de las ideas que sustentaban su obra. No quería saber nada del mundo literario español, y temía sus andanadas. Y es que Laforet sufría un cierto complejo de inferioridad: por una parte era una novelista célebre a los veinticinco años, por la otra se sentía profundamente insegura ante el mundo intelectual. Disponía de la intuición y la imaginación del verdadero novelista para captar una atmósfera en dos trazos maestros, y de una aguda capacidad de penetración psicológica, pero su anhelo de una vida nómada era más fuerte. Ella lo sabía. En todo caso, ¿qué importaba si la materia prima estaba de su lado? Hablamos de una mujer, y en las mujeres la vida personal y el destino que les ha sido

asociado siempre se han cruzado más de la cuenta. No hay entrevista de los años cuarenta o cincuenta que no pondere el hermoso rostro de la escritora, su melena rubio oscuro, su expresiva mirada, su belleza singular y modernísima. No hay periodista que no diga con un toque paternalista «señorita Laforet» antes de casarse la escritora, o se admire de cómo lleva su casa o lo educados que son sus hijos, después. Son libertades que nadie se tomaba con Cela o con Ignacio Agustí, por citar a dos novelistas contemporáneos.

El hecho de que Laforet se convirtiera rápidamente en madre de familia impidió que ella pudiera hacer una carrera literaria al estilo de sus colegas varones (Juan Antonio Zunzunegui, Camilo José Cela, Miguel Delibes), pero también que pudiera dejarse llevar por su espíritu viajero. Tampoco hubo tiempo para vivir plenamente antes de casarse ni para ubicarse sólidamente en el árido mundo de la crítica que siempre ha exigido cierta correspondencia entre la obra y el discurso creativo. En su caso ese discurso apenas estuvo de su lado, para decepción de muchos, y el hecho de estar casada con un intelectual como Manuel Cerezales no ayudó. ¿Lo hubiera construido de no tener hijos y de ser libre para trabajar en una sola dirección? Imposible responder a esa pregunta, pero es que esta no es la pregunta que hay que hacerse. Porque Laforet casándose y siendo madre de cinco hijos liberaba su ansia de realización familiar: aquello —unos padres y unos hijos queriéndose mutuamente— era una aspiración constante

desde la infancia. Ella creció en medio de un ambiente familiar hostil, de modo que la raíz más profunda de su alma necesitaba superar esa falta de afecto y para ello la literatura no era suficiente, no podía serlo. Es más, podía ser una presión y de hecho lo sería. Como escribiría mientras redactaba *La isla y los demonios*: «Mi vida y mi vocación están horriblemente enredadas».

En poco tiempo Rolón-Barada, llevado por una tenacidad inquebrantable, localizaría el manuscrito de su primera novela, que Domingo Ródenas, en su excelente edición del año 2001, daba por perdido.⁶ Por lo pronto, dicho manuscrito apareció: la hija mayor de Ernesto Giménez Caballero, o sus herederos, lo vendieron al librero Carmelo Blázquez, que lo conservaba en su tienda de Madrid. Una primera ojeada al manuscrito, hoy en poder de Agustín Cerezales, ponía de manifiesto que *Nada* se había gestado con los avances y retrocesos típicos de cualquier obra de creación, aunque Laforet nunca hablara de sus dudas y dificultades. Poco después, la localización de las cartas cruzadas con Ramón J. Sender —de las que nadie, excepto la familia, sabía una palabra— fueron una conmoción.⁷ No tanto por su contenido, que también, como por las posibilidades que abrían: el mero hecho de ser unas cartas, las primeras que se leían de la escritora, la revivían, suministrándole nuevos y, por fin, precisos contornos biográficos. En ellas se dice mucho —en todo caso, algo más de lo que se sabía— acerca del tramo que va desde la publicación de *Nada* hasta la nada, primero literaria y

después personal, a la que se abandonó la escritora en algún momento de su vida, como ya veremos. Y se dice, como sucede siempre en las cartas, no de manera antológica sino genealógica. Es decir, conocemos el origen de las cosas y cómo fueron evolucionando, no la resolución (que es la obra). Mi percepción de Laforet, leyendo su correspondencia con Sender, cambió por completo. En tan inesperadas cartas latía el pulso de una mujer que, paradójicamente, se muestra tan amante de la familia como de su propia libertad. Un espíritu angustiado que lucha terriblemente por sacar adelante su desfalleciente vocación. En sus cartas cobran forma las muchas dudas de la escritora y su pánico a la opinión pública y a la vida literaria española a las que ya se ha hecho referencia. Pero es que en los años sesenta ya había aparecido el fantasma de la depresión que acabaría por engullirla. En todo caso, ya poco tiene que ver la mujer que se desprende de la lectura de las cartas con aquella que había explotado el periodismo franquista, una perfecta ama de casa católica rodeada de críos y en un hogar feliz. Su catolicismo tuvo hondas raíces espirituales pero, a excepción del periodo comprendido entre 1951 y 1956, marchó ajeno a cualquier convención y disciplina. Sea como fuere, en las cartas cruzadas con Sender entre 1965 y 1975, Laforet se agarra con fuerza a la mano tendida que le ofrece el autor de *Réquiem por un campesino español* para seguir adelante y no dejarse atrapar en su propia sombra. Sender es un ancla fuera de España y un amigo leal al que la escritora va

dando cuenta de cómo se siente y de cuáles son los problemas que, sin la fuerza necesaria que precisa todo escritor, acabarían por vencerla.

Los primeros hallazgos fueron pues un estímulo. Parecía imposible tanto en tan poco tiempo y la única explicación es que, en efecto, la escritora permanecía inmovilizada por la costumbre, atrapada en una locución obligada e inocua: Nadal-Laforet-*Nada*. Las ediciones de la novela venían sucediéndose desde 1945 como las hojas de un calendario, imparable, consecuentes, a un ritmo de venta de unos ocho o diez mil ejemplares anuales, sin que apenas nos preguntáramos por el alcance de una larga historia de amor entre la novela y sus miles de lectores en todo el mundo. Es cierto que pocas veces se ve a alguien tan dispuesto a desembarazarse de su propio éxito literario desde el principio, a transformar en indiferencia, e incluso rechazo, la fama y la fortuna de un libro. Aunque cuando se habla de una mujer esas posibilidades aumenten exponencialmente porque el instinto de la competitividad en muchas mujeres está ausente. Sin embargo, y en contra de la imagen de ser desamparado y dubitativo que Laforet ofreció en la madurez, antes de eso fue una mujer fuerte y orgullosa que no lo hizo nada mal aprovechando su éxito para firmar ventajosos contratos editoriales, gestionar sus derechos de autor o, finalmente, depositarlos en la agencia Carmen Balcells, donde siguen vigentes. Siempre le preocupó vivir de su obra porque eso le daba autonomía económica, pero el vehemente deseo que sintió Laforet de

vivir una vida suya acabaría siendo un deseo carente de determinación, horro de una formulación concreta, una esperanza rota. Fue un deseo que quedó paralizado, experimentado como una «nada» progresiva en la que fue sumergiéndose resignadamente, muchos años antes de morir, en febrero de 2004. Es como si el título de su primera novela se transformara en un *dictum* que pesó sobre su cabeza como una sentencia de muerte. Nada.

Lo cierto es que en las más de seiscientas cartas escritas por Laforet (las dirigidas a Sender fueron solo el comienzo), obtenidas gracias a la colaboración desinteresada de mucha gente que la trató y la quiso, está el origen de la sacudida que nos movió a desautomatizar su congelada imagen literaria, a aceptar el mudo ruego que Laforet hace a todos sus corresponsales de que la comprendan. Es como si en vida hubiera dejado un caminillo de migas de pan que pacientemente hemos recogido pensando en este libro. Quién sabe si así lo concibió ella misma, diseminando a través de sus múltiples misivas a los amigos y a lo largo del tiempo las claves de su persistente y hasta ahora enigmático silencio.

Porque años después de aquella primera conversación mantenida con Israel Rolón-Barada muchos aspectos de la vida de Carmen Laforet permanecían en la oscuridad, a pesar del notable esfuerzo que realizó Inmaculada de la Fuente de aclarar algo del proceso creativo de la novelista.⁸ Más recientemente su hija Cristina Cerezales le dedicó un libro conmovedor como testimonio del amor filial